



LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA COMO CRÍTICA DE LA CULTURA

Miguel de la Torre Gamboa
Universidad Autónoma de Nuevo León

Área temática: filosofía teoría y campo de la educación

Línea temática: Filosofía de la enseñanza, enseñanza de la filosofía y del pensamiento crítico

Tipo de ponencia: Aportaciones teóricas

Resumen:

La ponencia trata de discutir un concepto de la filosofía y su enseñanza como acciones humanas comprometidas con la transformación social. En este sentido, tanto el ejercicio de la reflexión filosófica como su enseñanza no son pensados como actividad intelectual especulativa y orientada hacia el establecimiento de verdades absolutas y definitivas; sino que se asumen como prácticas sociales que buscan servir a los propósitos del cambio social.

Es esta una perspectiva práctica, desde la cual la filosofía no es un saber de especialistas y comentaristas de la producción de otros especialistas, sino la actividad de sujetos comprometidos: estudiantes y maestros que se ocupan de la crítica de lo que es su realidad sociocultural para legitimarla o combatirla; es una práctica crítica de las acciones, las instituciones y las formas de vida colectivas asumidas como necesarias, legítimas y preferibles en función de la experiencia colectiva.

Enseñar filosofía, en este sentido es abordar con los estudiantes los distintos aspectos de la cultura en que vivimos y poder establecer si nos satisface o nos deja insatisfechos. Si la función de la filosofía es ofrecer una dirección para el cambio social y cultural, la tarea de su enseñanza será la esclarecer la legitimidad y necesidad de esa dirección.

Palabras clave: Filosofía, Enseñanza de la filosofía. Cultura, Crítica de la cultura.

Introducción

El desarrollo de la ponencia contempla abordar los aportes teóricos de distintos pensadores sobre el tema de la especificidad de la filosofía como forma del pensamiento humano y sobre el ejercicio de la filosofía, particularmente en la práctica de su enseñanza.

Para esto se divide en análisis en tres apartados:

- La educación como reconstrucción de la experiencia.
- La educación como puesta en práctica de una filosofía
- La enseñanza como práctica de la filosofía

En el primero de ellos se recuperan básicamente las ideas de John Dewey sobre la educación como reconstrucción de la experiencia de la humanidad como una totalidad y de la particular comunidad en la que los individuos se desenvuelven.

En el segundo se desarrollan ideas también pertenecientes a John Dewey, pero también de Ernst Bloch, esta vez, a propósito de la educación como una puesta en práctica de una filosofía, lo que nos lleva a entender a la educación como un proceso en el que los profesores y otros agentes educativos buscan conseguir el compromiso y la conformidad de los estudiantes con una particular visión del mundo a la que la comunidad en su conjunto considera valiosa.

En el tercer apartado se desarrolla la idea que la ponencia intenta argumentar del caso particular de la enseñanza de la filosofía como una forma de su ejercicio. En esta parte, con base en ideas extraídas de John Dewey y Walter Kohan se presenta a la filosofía como crítica de la cultura y como reflexión necesaria de los actores del proceso educativo sobre su cultura, su sociedad y su vida de comunidad.

Desarrollo

La educación como reconstrucción de la experiencia

John Dewey, haciéndose eco de las ideas de William James y su psicología científica, tanto como de las ideas hegeliana de totalidad e historicidad de lo real, rechazó tajantemente el supuesto de una dualidad mente cuerpo y esbozó una nueva manera de ver el comportamiento humano como algo consistente en coordinaciones activas entre pensamiento y acción de las que depende la sobrevivencia. Esto le llevó a un concepto de experiencia que no es el del empirismo, ni el de cartesianismo, sino una interpretación en la que la totalidad mente-cuerpo se expresa en realizaciones concretas en la vida de los individuos y las comunidades. En el marco de estas coordinaciones, permanentemente, surgen conflictos que requieren una reconstrucción. (Bernstein 2010).

John Dewey abre el primer capítulo de su libro *Democracia y educación* con estas palabras: “La diferencia más notable existente entre los seres vivos y los inanimados es que los primeros se conservan por renovación. Una piedra cuando se la golpea resiste. Si su resistencia es mayor que la fuerza del golpe dado permanece exteriormente inalterable. De otro modo, se fragmentaría en pequeños trozos. La piedra no intenta reaccionar de forma que pueda mantenerse intacta respecto al golpe, y mucho menos hacer que el golpe sea un factor que contribuya a su propia acción continuada. ... El ser vivo Tratará de convertir las energías que actúan sobre él en medios para su propia existencia ulterior.”

“...empleamos la palabra vida para designar toda la extensión de la experiencia, tanto racial como individual. ... la palabra experiencia se aplica en el mismo fecundo sentido Con la renovación de la existencia física se realiza, en el caso de los seres humanos, la recreación de las creencias, los ideales, las esperanzas, la felicidad, las miserias y las prácticas. ... La educación, en su sentido más amplio, es el medio de esta continuidad de la vida.”

“El mero crecimiento físico, el mero dominio de las puras necesidades de subsistencia, no bastarán para reproducir la vida del grupo. Se requieren esfuerzos deliberados y trabajos reflexivos.”

Por esta vía, Dewey, llega a un concepto de la educación como el modo en que la sociedad organizada, hace posible apropiarse de la experiencia acumulada por la humanidad y desarrollar la propia para dominar las técnicas básicas de la supervivencia y asumir la moralidad colectiva que satisfaga los principios de libertad y democracia, en un proceso abierto, sujeto a la revisión y reconstrucción permanentes a la luz de la continua experiencia. Así, la educación es la acción humana comunicativa a través de la cual se busca hacer prevalecer socialmente, y desde posiciones de poder, una interpretación de la vida buena colectiva. Educación y utopía son caras de una misma moneda.

La educación, entonces, es un proceso organizado en torno a fines cognitivos, sociales y éticos, esto es, un proceso en el que se busca alcanzar la coordinación y la cooperación de los educandos, en torno de la posibilidad de realizar una visión del mundo a la que colectivamente se considera deseable y pertinente. El sentido de las acciones educativas y, por tanto, del currículum escolar, es el de la transformación de la sociedad, para acercarla a ese ideal cognitivo, social y ético.

Educación, consistirá en la práctica de someter permanentemente a la crítica y el debate, en la actividad comunicacional educativa, una visión de las cosas, del mundo y de la vida social, unas aspiraciones éticas y cognoscitivas, surgidas de la propia historia de la humanidad y de la comunidad en particular. En otras palabras, se trata de recuperar y promover una reconstrucción constante de la experiencia en la que lo humano, individual y social, éticamente guiado, sean el propósito fundamental.

La educación como puesta en práctica de una filosofía

En consecuencia, de lo anterior, y entendiendo a la filosofía como un ejercicio del pensamiento que forma parte de la tarea de la reconstrucción de la experiencia. Dewey explica que la reflexión filosófica, es

una reflexión necesariamente entroncada con su entorno histórico-cultural. De él toma sus objetos de reflexión y a él se dirigen sus conclusiones, sea para convalidarlo y legitimarlo, o sea para combatirlo.

Esto es así aún cuando los filósofos se empeñen en aparecer como llevando a cabo una disquisición especializada sobre objetos teóricos, metafísicos, epistemológicos, éticos o estéticos.

La reflexión filosófica es así, la crítica de la cultura en la que vivimos, del modo como en ella tenemos sentido y significación, la crítica de los modos en que nuestra vida colectiva se articula y se organiza; la crítica de lo que somos como humanidad surgida del desenvolvimiento histórico, la crítica de lo que hemos venidos asumiendo como valioso, sean convicciones éticas, estéticas, cognoscitivas, políticas o de cualquier clase, crítica de nuestros mundos de vida, tanto como de las ideas que sostienen la legitimidad de esas formas de la convivialidad y han conseguido su entronización histórica.

La crítica filosófica no puede desconocer que ha nacido en el marco de las formas de vida que critica. Ha de partir del reconocimiento de sus raíces históricas y su naturaleza de pensamiento reflexivo sobre lo que somos, pero no debe perder de vista que tiene como función ofrecer un horizonte ético-cognoscitivo y cultural al cual aspira conducir a la humanidad. De este modo, cabe a la filosofía la tarea de establecer una dirección para el cambio.

La educación entendida pues, como reconstrucción de la experiencia constituye la puesta en práctica de una filosofía. El sentido de las acciones educativas, que se define desde una interpretación filosófico-antropológica y una ética para la convivialidad, es algo que debe ser continuamente valorado y consensado entre los participantes del proceso educativo: profesores y estudiantes.

La educación busca orientar a la sociedad, bien para acercarla y comprometerla con determinados ideales cognitivos y éticos contenidos en la filosofía que predomina en esa cultura, o bien para llevar a los participantes a reconocer la necesidad y legitimidad de cambiarlos a través de la crítica de esa cultura.

El ejercicio de la filosofía como crítica de la cultura puede adoptar tres formas básicas:

La de aquellos que aspiran a colocar como horizonte de la vida humana colectiva un proyecto de sociedad imposible, se trata de aquellos críticos que se proponen una radical refundación de la vida colectiva en la que asuntos como la libertad, la justicia, la solidaridad o la equidad sean absolutos y definitivos, sin quedar condicionados a ningún poder, a ninguna circunstancia, a ninguna determinación.

La segunda forma de la crítica es la de aquellos que nos ofrecen, como idea de cambio social, más bien un proyecto de recuperación del pasado; una vuelta a modos de vida, a instituciones y prácticas del pasado, reciente o remoto, argumentando que en esas épocas sí que se realizaba una idea de vida buena, regida, igual que en el caso anterior, por valores universales, absolutos e inatacables.

Ambos tipos, de crítica comparten una desvalorización de la historia y de lo concreto de los procesos de cambio, habidos o esperados.

Hay una tercera forma del ejercicio de la filosofía: aquella en la que, la crítica del presente, se acompaña de un reconocimiento de las fuerzas y situaciones sociales que lo han hecho posible, y al mismo tiempo, de la convicción de que este presente no tiene que ser necesariamente lo que es; que es posible interpretarlo, y vivirlo de otro modo, si somos capaces de articular y poner en marcha, las fuerzas y actores sociales cuyos intereses y aspiraciones se encuentran sometidos a las fuerzas sociales dominantes. En este caso, la crítica de lo existente se basa: a) en la comprensión clara de la historia que hay detrás de nuestra vida social y lo que en ella nos parece insatisfactorio, y, b) en la comprensión de la posibilidad real del cambio, en la interpretación de lo humano y sus sociedades como resultado de su propia práctica y de su estado de abierto al mundo.

La utopía que se configura en esta última forma del ejercicio de la filosofía, tal como lo explica Ernst Bloch (2007), no es una ocurrencia o un sinsentido, sino una necesidad del género humano; es una expresión cognitivo-volitiva de la apertura del género al mundo; es la forma que toma la esperanza, que nace de la incompletud humana.

En este sentido, la utopía, es decir la crítica filosófica, crea nuevos sentidos, nuevas significaciones, a lo existente a partir de la crítica realista, teórica y prácticamente fundada, de lo que somos, sin dejar de reconocerlo como producto histórico y oponiéndole lo posible, lo que todavía no es, a lo no existente todavía (Bloch 2007).

La enseñanza como práctica de la filosofía

Respecto al tema de la enseñanza de la filosofía, partamos, de la distinción que hace Walter Kohan, apoyado en Demerval Saviani, entre tres modos básicos en los que se llevan a cabo los cursos de filosofía en nuestras universidades.

“Una primera forma en la que actúan algunos profesores, dice Kohan, consiste en afiliarse a una corriente filosófica ya constituida ... y enfocar la materia desde esa lente. En este caso se enseñará, por ejemplo, una filosofía ... marxista, existencialista, analítica, tomista, pragmática. ... El punto común, en todas las variantes de esta alternativa es el posicionamiento del profesor desde una filosofía ..., histórica o contemporánea, para enseñar la materia.”

“Una segunda manera de actuar consiste en asumir una postura ecléctica. Según esta forma de trabajo, enseñar filosofía ... supone no afiliarse a una corriente sino tener en cuenta todas las corrientes posibles, al menos un número significativo de ellas. El profesor, en este caso, se sitúa fuera de estas posturas. Es una suerte de narrador “desinteresado” que yuxtapone las diversas corrientes y ofrece una visión externa de ellas.”

Existe una tercera posibilidad consistente en organizar programas monográficos, alrededor de un tema o de una pregunta, desarrollados en forma de seminarios, intentando profundizar. En este caso, tanto el profesor como los estudiantes repasan los puntos de vista que caracterizan al pensamiento de los autores que se han ocupado del tema.

En estas tres formas clásicas de la enseñanza de la filosofía prevalece el mismo defecto: Entienden a la filosofía como algo dado, como algo externo al profesor y a los estudiantes.

Frente a esas prácticas, Kohan, nos recomienda proceder de otro modo:

“concentrar nuestra atención en la problemática social y desatar ante ella una actitud filosófica”. Organizar el curso como un proceso de reflexión filosófica sobre las realidades sociales de nuestro tiempo, entendiendo a la filosofía no como una teoría o interpretación ya hecha; sino como una actitud metódica y crítica que pretende penetrar en las realidades para explicarlas y valorarlas en lo que tienen que ver con nosotros mismos.

De acuerdo con Kohan, entonces, y a partir de entender a la filosofía no como saberes o interpretaciones disponibles, sino como la crítica de los saberes y la cultura: “es imposible enseñar la filosofía como algo acabado y externo a quien la enseña; resulta ilusorio enseñar la filosofía sin practicarla, sin vivirla”.

Conclusiones

No habría, entonces, otra forma de enseñar filosofía, que, practicándola, viviéndola, problematizando la realidad en que vivimos desde los métodos de la reflexión filosófica. “...no se puede ser profesor de filosofía sin ser un poco filósofo, sin al menos vivir desde dentro la filosofía. La distinción entre un supuesto creador de filosofía y un hipotético transmisor de esa filosofía creada por otro se derrumba sencillamente porque la filosofía no se puede transmitir como lista y terminada.”

“Se asume la filosofía como práctica reflexiva o se la ignora, se la vive como actitud problematizadora o se la desconsidera. Pretender enseñar una filosofía en el sentido de transmitirla sería ir contra la propia existencia del pensar filosófico que exige problematización, reflexión, interioridad.”

Por otra parte, la práctica filosófica, como acción colectiva de profesor y estudiantes, debe también esclarecerse en su particularidad respecto de las otras formas de saber y las otras prácticas sociales. Ésta sería incluso, la tarea más importante y primera de la reflexión filosófica.

Debe, igualmente, esclarecerse en sus determinaciones, esto es, situarse a sí misma histórica y culturalmente, en el entramado de ideas, valores y creencias que le subyacen y a las que da lugar.

Referencias

Dewey, John. (2004). *Democracia y educación*. Madrid: Morata.

Kohan, Walter. (1996). *Filosofía de la educación. algunas perspectivas actuales*. marzo de 2019, de Universidad de Brasilia Sitio web: https://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/69243/1/Filosofia_de_la_educacion_Algunas_perspe.pdf

Bernstein, Richard. (2014). *El giro pragmático*. México: Anthropos.

Bloch, Ernst. (2007). *El principio Esperanza*. Madrid: Trotta.